

NUMERO 143.

Alocución sobre la felicidad de la Nueva-España.

Foncerrada Michoacanense, Oidor de México habla á sus compatriotas por la felicidad pública.

Non est Graecus nec Judeus, sed Christus.

Ilustres americanos, mis siempre amados compatriotas.

VIVA LA AMÉRICA: sí, decidlo, repetidlo, pregonaadlo á gritos, que se oigan en los mas remotos ángulos del universo. Pero no os contenéis con voces ni palabras. Cumplidlo con las obras. Haced, que la América viva.

Este debe ser vuestro comun deseo, este vuestro objeto, este vuestro fin á que debeis encaminar los infinitos, nobles, fáciles, dulces, alegres, cómodos medios, que tenéis en vuestras manos, y en solo vuestra voluntad y querer.

Pero advertid de una vez, que quando yo os llamo compatriotas, quando os amo como paisanos, no entiendo contraer estas voces á los que nacieron en la misma ciudad, provincia ó reyno. De este modo tambien los brutos, las fieras y los animales ponzoñosos serian paisanos y compatriotas.

La sola calidad del nacimiento es un accidente involuntario en la vida del hombre, y es un necio despreciable el que prefiere y ama, el que protege, socorre y ayuda á otro hombre por la sola calidad de nacido aquí, ó allí.

Dios hizo al hombre á su imágen y semejanza, y el hombre por lo mismo debe cuidar de asemejarse á Dios, y en nada puede conseguirlo sino en el amor, en la caridad, en el aprecio y estimacion de los otros. Por eso el

mayor y mas santo ante Dios es el que tiene mayor caridad, sea quien fuere.

Solo en el amor puede y debe ser el hombre universal, pues debe amar aun á sus enemigos. La envidia es hija de almas baxas. El odio es pasion de las débiles. Al contrario, la caridad que destierra esas flaquezas, es propia de almas nobles, grandes y generosas.

Por eso quando hablo á mis compatriotas, entender debo á los que tenemos una patria comun. En una palabra, compatriotas son todos los que reconocen una monarquía, un mismo Soberano, y creen una misma religion, obedeciendo unas mismas leyes.

Así es. Compatriotas y hermanos somos todos los que habitamos la América, y que reconocemos por Soberano á nuestro suspirado y deseado Fernando VII, que adoramos y creemos la religion católica, hayamos nacido aquí, ó allí, de esta ó de la otra parte de los mares.

A todos los que tienen estas calidades digo y repito con ellos, que viva la América; pero ellos y yo debemos acompañar este viva con los otros, sin los quales no puede aquel lograrse.

Debemos, pues, decir para que viva la América, que viva la monarquía española, criadora y formadora de la América. Que viva la religion Católica, Apostólica, Romana conservadora de la América.

Que viva la union, fraternidad, buena correspondencia, y en una palabra, la unidad de la España nueva y vieja.

No se necesita pensar mucho para que por sí mismos se presenten los muchos motivos de gratitud, de honor y de conveniencia y necesidad, para desear y cooperar eficazmente á que viva la monarquía Española.

Parece que la Divina Providencia desde luego no quiso que otra monarquía, otra nacion, ni otros reyes que los de Castilla fuesen los descubridores de esta feliz parte del universo; pues, como todos sabemos, aunque Colon propuso á otras naciones sus proyectos de descubrir nuevas tierras por el occidente, en todas partes fué mirado con desden hasta que vino á Castilla, y la magnanima católica reyna Doña Isabel, no solo lo escuchó, sino que lo protegió y auxilió aun con sus propias joyas para el descubrimiento: y aquí tenemos desde luego un primer motivo de obligacion y gratitud para que la América septentrional mire á la monarquía Española como su apreciable madre.

Apliquemos, pues, á ella lo que las sagradas letras nos mandan para con nuestros padres. Honra á tu padre y madre, porque sino fuera por ellos no hubieramos nacido. No habria habido América, ni hubiéramos existido, si no hubiera habido una reyna Isabel que despreció los adornos de sus galas, y unos castellanos que hiciesen el descubrimiento, y traxesen el linage español á estos dominios.

Veracruz, Puebla, México, decidme; pero no, que estais muy próximos á la mar: Zacatecas, Durango, Chihuahua, ciudades todas bellas que adornais la América, decidme ¿quién os fabricó? pero callad, no me acuseis de ingrato, que ignoro ú olvido, que nuestros amados ascendientes, los católicos españoles son los que os fabricaron.

Nobles artes, divina pintura, sublime arquitectura, ¿cómo estais en la América?

Ciencia de Dios, excelsa teología: augusta gobernadora de los imperios, sabia jurisprudencia, ¿por donde habeis venido? ¿quién os trajo?

Artes todas, hablad: quien os condujo, quien enseñó á poner llaves en las puertas de mi casa, elevar las paredes, construir? pero no quiero proseguir porque no me abochornen, con acordarme que España, España es la que todo lo ha proveido, y á la que debo tener un reconocimiento que dure tanto, como los auxilios, placeres y socorros que por ella logro en mis tristezas y necesidades.

Viva, pues, la monarquía española nuestra

criadora y protectora, porque esta voz es, la que debe inspirar la gratitud de que nos preciamos justamente los americanos.

Pero asombrémonos, fixando los ojos en esa fecunda madre de nuestros beneficios. Mirémos sus campos fértiles, sus dehesas y prados abundantes en todo lo que exige la necesidad, ó apetece la delicadeza de los hombres; hoy son teatro de sangre. Donde se veian copiosas mieses, hoy se encuentran cadáveres. Destruida la agricultura, aniquilada la crianza, invadidas las ciudades, saqueados los templos, violentadas las vírgenes, arrebatadas las mujeres del brazo de sus maridos, los hijos del lado de los padres, en fin, todo es allí aniquilacion y ruina.

Pero asombrémonos mas de que aun entre tantos obstinados estragos hay todavia España, y hay gloriosos, esforzados, valientes españoles que hacen eficaz, útil y prodigiosa resistencia á esa inundacion horrenda de calamidades.

Y en esas circunstancias ¿qué haces América? Ya me figuro el desagradable ceño que pones á esta imprudente pregunta. Ya te oigo que me increpas, y airadamente me respondes.

¿Qué hago? ¡Insultante pregunta! Yo haga lo que dicta la razon, la generosidad y el honor. Yo, que tanto he debido á la España en el tiempo de sus prosperidades y sus glorias, ¿la desconoceré en el de su persecucion y calamidades? No hará la América esas indignidades. Si le faltaren hombres, emigrarán legiones de americanos. Si necesitare caudales, no habrá tesoro reservado que no envíe, para que tenga el digno empleo de distribuirse en la fortificacion, auxilios y subsistencia de los gloriosos defensores de mi madre patria.

Así es, así es, y no debe ser otro el idioma de nuestra patria. Sepa el mundo que en la América hay educacion, ilustracion y virtudes.

Entiendan las naciones todas del universo, que la América española no es hoy pais de fieras y salvages. Que aquí se conocen, respetan y observan las obligaciones del hijo con sus padres y ascendientes, lo que debe el cliente y protegido á su protector y patrono generoso. Que empezando desde la infancia los vínculos

del hombre con los que lo lactan, educan y mantienen, las siguientes edades de la pubertad, virilidad y vejez, no hacen en los americanos sino aumentar el discernimiento, y los mas claros conocimientos que radican en nuestras almas el amor, la agradecida memoria y el consiguiente eficaz deseo de proteger, ayudar, socorrer y defender con todo nuestro posible á nuestros padres, nuestros ascendientes, nuestros maestros, nuestros patronos y nuestros curadores y tutores.

Y decidme ¿qual de estos títulos le faltan á la España y á los españoles para con la América y americanos? Lejos de faltar alguno debéis considerar, que hay otro que nuestro interés obliga á sostener.

El español que viene y que ha venido se dedica desde luego á las buenas artes, á la industria, á las economías del comercio. ¿Pues que nacion cae en la barbaridad de despreciar á los que de este modo la fomentan, la pueblan y engrandecen?

Pero pasad adelante. Esos que así vienen de nuestra amada España, si llegan á criar caudales se casan casi todos con niñas americanas. ¿Pues por que privareis á la América de ese aumento de poblacion, y al bello sexo le quereis estorvar esas colocaciones, enlaces y matrimonios?

Todavía mas. Si ese español rico muere, ¿quien es su heredero? ¿No es casi siempre su hijo americano, ó su pariente y compañero, que aquí queda, que se casa y da hijos y pobladores á esta América?

Pues abrid los ojos, compatriotas, y advertid, que nuestros españoles europeos no vienen sino á trabajar para formar familias americanas, y no caigais en la indignidad de ser ingratos á los que vienen á emplear sus sudores, fatigas y economías para dar herencia á nuestros sobrinos, primos y parientes.

Es inmensa la cadena de intereses y bienes que nos trae nuestra relacion con nuestros amados españoles europeos. Nos han dado provechos á diluvio, y no trabajan, sino para continuarlos y aumentarlos, pues acójámoslos con los brazos abiertos y el corazón mas amante.

Concluyamos, que hacer guerra contra nues-

tros compatriotas los españoles europeos, es la peor, la mas fatal y ruinosa guerra que se puede inventar contra la América, los americanos y americanas, y se harán los americanos á sí mismos perjuicios incalculables si no aman la España, los españoles; y en una palabra, si no cuidamos la unidad de la España nueva y vieja.

Imaginaos por un momento que llegarán, lo que Dios no quiera, á separarse y diversarse la España ultramarina que habitamos de la Europa. No hay ya correspondencia, no hay comunicacion reciproca, no hay naves de allá que admitan estos puertos.

¿Que hace este reyno? ¿Se divorcia de las otras partes del mundo, ó se entrega á otras naciones? A qual de ellas pide los azogues para beneficiar las platas? A qual el hierro y acero para las labores é instrumentos de agricultura, y para...? Pero para que nos hemos de cansar. La España ultramarina perderá sus minas y su agricultura, perderá su comercio y perderá su seguridad.

Crees Nueva España que eres fecunda, que todo lo tienes en tu seno, que nada necesitas. Pues te engañas. Te falta lo primero una grande poblacion, y si no, mira las leguas que hay de unos á otros pueblos; mira quantos campos sin cultivo y sin habitantes. Te faltan azogues para tus minas, y si estas te faltan, á Dios plata, á Dios riqueza, á Dios comercio. ¿Que le darás al que te busque con géneros en Veracruz? Le darás maiz, le darás frijol, chile, garbanzo, trigo, lana, algodones. Podrás con eso proveer el rancho de algun navío; pero ni este beneficio cortísimo será capaz ni bastante de fomentar tu agricultura, ni podrán llegar á los puertos, ó por mejor decir, al único de Veracruz, los frutos de las provincias, que distan de allí muchas leguas.

Michoacan, Michoacan, donde la Providencia Divina me dió el ser, oye á un hijo tuyo, y oiganlo las provincias todas de este vasto y felicísimo reyno, y en los males que les apunto conozcan, que en evitarlos están los remedios nobles y fáciles que al principio dixen, están en nuestra voluntad para hacer que viva la América.

Caminaba esta al mas alto grado de prosperidad y de gloria, y es ahora mas que nunca el objeto de la envidia de las naciones.

Sus minas han asombrado el universo, aumentadas en número y descubrimientos de vetas, han producido el crecido número de millones que sabemos todos, y admiramos. ¿Y como se ha logrado esto?

Con la abundancia de los azogues y la comodidad de su precio. Bastaban no ha muchos años de seis á siete mil quintales de azogue, y ahora apenas alcanzaban diez y seis mil quintales, y los hemos tenido. Vendíanse á cientos pesos cada quintal, y ahora se han tenido á sesenta pesos.

Y todo esto lo ha hecho la América por sí sola? No, no. Quien lo ha hecho ha sido nuestra vigilante madre, nuestra zelosa protectora la España. ¿Quien tendrá osadía de negar esta verdad?

Pues basta esta sola prueba para convencerse, que si esta América se divide de la España, la minería se pierde, la plata, la moneda se escasea, y quedarán minas; pero del mismo modo que les tuvieron los indios en su barbarie; las tendrán y no las disfrutaremos.

Yo bien sé quantos libros extranjeros, y algunos pocos meditativos españoles, han procurado desacreditar á la España por su conato en el descubrimiento y labores de las minas. Pero estad ciertos de que aquellos no hablan con buena fé. Envidian nuestras minas, y por eso las desacreditan. Quieren debilitar el poder de la España, y por eso la procuran privar del nervio del poder, que es la riqueza.

Acusan que en ese laboreo perecen muchos hombres; pero ya estais desengañados de dos cosas. La una, que en esto han hablado con exageracion y falsedad, y la otra, que si al principio perecieron muchos, ya hoy no hay esa ruina, porque las minas se trabajan hoy con arte y regla. Se cuida de su firmeza, de su ventilacion, y de todas las demas partes de conveniencia de los trabajadores. Hoy dirigen las ciencias; la arquitectura subterránea, la idraulica y demas. Antes se trabajaba sin conocimiento, ni resguardo.

Pero añadid: ¿quantos, no millares, sino mi-

llones de hombres no ha consumido la navegacion de los mares, en esa vida siempre fluctuante, siempre en vigilia, con alimentos adulterados, entre aguas, soles, turbonadas, tempestades y naufragios? ¿Y por eso hay algun necio político, ó algun aturdido moralista, que condene el arte y oficio de la navegacion y su ejercicio?

¿Quantos millones han hecho perecer de hombres en las guerras, que ya triunfando, ya rindiendo destruyen miles de hombres en cada batalla ó combate? ¿Y por eso se abstienen de la guerra, ni se han abstenido de tantas como ha habido, tal vez por el interés de un pequeño terreno?

No hablan, pues, de buena fé los que censuran el trabajo de minas. Desprecianlos y cuidad de que no descaezca un trabajo tan benéfico al mundo entero.

Doscientos ochenta minerales ó reales de minas, constan en lista, que tengo, de los que hoy se trabajan en los territorios de las doce Intendencias de este Reyno. Dadle á cada uno el infimo número de operarios, y para no errar, demos unos con otros á razon de mil, y hallaremos doscientos ochenta mil hombres, viviendo de este laboreo, y pereciendo si falta el trabajo de las minas.

Ya se han descubierto azogues en esta América. Si, los han descubierto nuestros españoles, y ha fomentado esta diligencia nuestro gobierno, nuestra madre patria, y este es otro beneficio que le debemos; pero han sido muy cortos los frutos, y no bastan los azogues al beneficio de una sola mina.

El remedio directo es, ayudar á recobrar nuestro Almacén y vivir en la confianza de que nuestra España buscará y provera lo que no alcance aquel manantial, que nos ha dado azogues por tantos siglos.

Discurrid lo mismo sobre el fierro y acero, tan precisos para la minería y agricultura; y de la pérdida de nuestra España, si la dexamos consumir, sacaremos estas precisas funestas consecuencias:

Primera. La decadencia y casi ruina de la minería.

Segunda. La escasez de platas y de moneda.

Tercera. El envilecimiento, abatimiento y destrucción de todas las industrias y cultivos, porque el dinero es para el conjunto de un estado, lo que la sangre en el cuerpo. Donde hay dinero en abundancia todo se paga bien, y todo trabajo se remunera y estimula: al contrario donde no lo hay, nada valen las cosas.

Quarta consecuencia será, la desanimación y muerte del comercio. Ya no vendrán naves nacionales a Veracruz: ya no habrá internación de Veracruz para otros lugares, porque ni habrá seguridad de caminos, ni confianza de vecinos a vecinos: ya no habrá conducciones, y el arriaje quedará aniquilado y pereciendo con sus mulas y criados, los que se ocupan en este ejercicio, y acabado el cuerpo de comerciantes, millares de familias pereciendo, y millones en desnudez, indecencia y miseria.

La quinta consecuencia es, la turbación de todo el orden social, político, y el religioso. Se suscita sedición y alboroto, y con ella ya el febril dextera su parroquia, el indio su choza, el español su domicilio, el labrador el arado, el vaquero su vacada, el artesano su taller; todo es odios, enemistades, ya nadie cuenta con sus bienes, ya todo es el roncó clamor de la discordia, el desasosiego, la sospecha, la invasión, la rapiña, el saqueo, el robo, las muertes. En una palabra, la ruina de los individuos, la de las familias, la del estado y de la América.

Sexta, precisa y final consecuencia. Sabe el extranjero que ya levantó su horrible cabeza la hidra de la rebelión: que la guerra intestina y civil se enciende: que ya está dilacerada y rasgada la túnica inconsutil, porque ya no hay respeto a la religión, ya no hay amor a la patria, ya se rompieron todas las barreras de la justicia, ya se violaron los derechos de propiedad por el robo, ya se insultó la autoridad pública por la violencia, ya hay fuerza armada contra las leyes. Saca de aquí el extranjero la consecuencia, pues ya no hay virtud, ya no hay unión, ya hay división entre pueblos y pueblos, entre personas y personas, ya no hay energía, ya hay debilidad. Ahora es el tiempo de atacar, de invadir, de dominar ese estado floreciente.

La que es ahora felicísima N. E., América

dichosa, el país de la pura religión, del sosiego, de la dulce paz, y amable tranquilidad y fraternidad; será mañana provincia desolada, agregación infeliz de otra nación, que a las claras vendrá a atacar esta dulce morada, ó con los hipócritas pretextos del auxilio y el comercio, pondrá pie en nuestro suelo, tendrá luego tiendas, almacenes, armería, casas, población y fuerza, y hará por fin vasallos ó esclavos a los que ahora han despreciado la quietud, el sosiego, la libertad pacífica, el culto divino y la adorable religión.

Todo esto, todo esto es resultado forzoso de los que, teniendo el bien de la unión, abrazan el mal de la discordia; de los que estando gozando de la fértil agricultura, pasan a hollar los campos, talar mieses, destruir las sementeras, aniquilar los caudales.

Se roba un millón, ¿y a quien se enriquece? A nadie. El que lo posee ya lo pierde, el muere, su familia perece; pero el que lo robó no lo goza, lo derrama, lo distribuye en sus satélites; el millón se acaba, se acaban mil vidas, y después de todo nadie tiene y todos quedan pereciendo.

En este estado de división y el consiguiente de aniquilación, todos son débiles, y la nación que acomete vence y domina.

Este triste quadro ó colección de las desdichas que amenazan mi amada patria, mi apreciada nación, hacen rebosar en mi alma la congoja y el dolor, y tales cuales se ofrecen unas tras otras estas fundadas; pero amarguísimas y funestas ideas, las vacío con lágrimas a este papel, por si la Providencia Divina, que rendidamente imploro, quisiera permitir que lo lean mis compatriotas, pues yo bien sé, que la ternura, la dulzura de carácter, la sensibilidad y la compasión, son prendas propias de los americanos, y que acertará siempre el que los llame a la generosidad, a la bizarría, y a la gratitud.

Si, paisanos míos amadísimos. Sed generosos como lo habeis sido siempre. Amigos de dar y no de quitar. Dexad con sus caudales a los que los han adquirido por medios legítimos. No quebranteis la buena fé al que ha vivido tranquilo en la confianza de que vivía entre nosotros.

No hay griego, ni judío, sino Cristo, decid con el Apóstol; ó decid con Numa Pompilio: no hay sabino ni romano, ni rómulo. Queden destruidos esos nombres, y no hay sino el deseo de borrar hasta la memoria de antiguas parcialidades.

Así nosotros digamos: no hay gachupin, no hay criollo: esos nombres quedan poscritos y condenados por concordia. No hay mas nom-

bre, que el de VASALLO DE FERNANDO VII, ESPAÑOL, España unida, religión y lealtad, obediencia al Consejo de Regencia, y auxilio a nuestra madre patria, para que triunfe y venza, expela pódidos franceses, y quede para siempre en los fastos de la historia escrito el VIVA LA ESPAÑA CONSTANTE, Y VIVA SU HIJA LA AMERICA FIEL Y GENEROSA.—*Melchor de Foncerrada.*

NUMERO 145.

Memoria cristiana política por el Dr. D. Agustín Pomposo Fernandez de San Salvador.

MEMORIA CRISTIANO-POLITICA

Sobre lo mucho que la Nueva España debe temer de su desunión en partidos, y las grandes ventajas que puede esperar de su unión y confraternidad. Por el Dr. D. Agustín Pomposo Fernandez de San Salvador, Rector que fué dos veces de esta Real y Pontificia Universidad, Abogado de la Real Audiencia y del Ilustre y Real Colegio de esta Corte.

El Excmo. Sr. Virey se dignó de pasar al autor la censura siguiente con oficio, mandándole que la imprima, y colmándole de honor.

EXCMO. SEÑOR.

La Memoria que ha escrito y presenta a V. E. el Dr. D. Agustín Pomposo Fernandez de San Salvador, comprehende quantos puntos interesantes pueden promoverse en el día, para cortar los progresos que pueda hacer entre los incautos el fuego de la insurrección suscitada en algunos pueblos de Michoacan. Y están tocados con felicidad, entusiasmo y dulzura. Considero, pues, que será muy útil la publicación de

dicha Memoria: y que su autor es muy digno de la estimación de V. E. y de la gratitud de todo el Reyno. México 18 de Octubre de 1810.—Excmo. Sr.—Dr. José Mariano Beristain.—México 19 de Octubre de 1810.—Imprimase—rubricado de S. E.

MEMORIA CRISTIANO-POLITICA

Sobre lo mucho que la Nueva España debe temer de su división en partidos, y las grandes ventajas que puede esperar de su unión y confraternidad.

REFLEXION I.

La razón es tan poderosa y fuerte por sí misma, que no necesita las plumas ni las lenguas de los sabios para convencer a los racionales; antes bien es mas vigorosa quanto mas desnuda de atavios: ella hace que el hombre se convenza de la imposibilidad de un proyecto que le deslumbra, y que convencido desista de él, y ella es quien dice que los españoles europeos y americanos estamos unidos con tres lazos que son, la sangre, el interés y el beneficio: desengañense pues, los que en el letargo de la fanta-